

GRAN COLECCIÓN DE ESPEJOS PEQUEÑOS

MIGUEL MITLAG / GASTÓN PÉRSICO

Graciela Speranza
Revista Otra Parte, 21 Agosto 2025

Los espejos reinan en la pintura clásica, juegan con las lentes de la cámara en la fotografía y el cine, brillan de tanto en tanto en la ficción y la poesía. Siempre significan, como si sus superficies bruñidas de imágenes idénticas nunca dejaran de mostrar algo más. Reflejo que fascina en el mito de Narciso, meditación sobre el arte en Velázquez o Manet, puerta a la fantasía en Lewis Carroll, multiplicación abominable en Borges, destello de locura en Poe, el espejo atrae las miradas y todo lo connota en obras memorables de la tradición universal. Gran metáfora de la representación mimética, la vanidad, el doble, la conciencia o el alma del que se refleja, desde tiempos inmemoriales, no para de hablar.

Pero, aunque cueste creerlo, por fin, toda una proeza, Miguel Mitlag y Gastón Pérsico los han hecho callar. En todo caso, en Gran colección de espejos pequeños, la muestra que los reúne, apenas se atreven a hacernos sonreír. Nunca antes, que yo recuerde, los espejos se habían librado tan contentos de la pesada carga de sentidos que siempre llevan a cuestar. Ni identidad, ni representación, ni vanidad, ni conciencia... aquí un espejo es un espejo es un espejo, o, mejor dicho, un espejo es un espejo, y muchos espejos son muchos espejos. Como en el resto de la obra de Mitlag, son cosas cotidianas miradas con un poco de distancia, conscientes de sus atributos —sus formas, sus colores—, próximas y a la vez un poco escenográficas. Como en la obra de Pérsico, se iluminan sin alardes con una chispa de elegancia, sutileza y gracia.

Porque véase si no: en el piso de la entrada nos recibe “Lobby”, una alfombrita azul reunida sin más con un espejo y un ladrillo, mientras que, por todo texto en la hoja de sala, se nos ofrece una definición del espejo escrita... en espejo: IMAGEN DE ALGUIEN O DE ALGO REFLEJADA EN UNA SUPERFICIE. Enseguida, “Colección de espejos pequeños”, la obra más ambiciosa de la muestra, es exactamente eso que promete el título, una colección de noventa y cinco pequeños espejos con marcos de colores vibrantes y formas curiosas, entreverados sin concierto sobre una mesa de madera. Son multitud. Y como si supieran que si intentaran decir algo apenas escucharíamos un coro cacofónico difícil de interpretar, sólo se permiten dibujar unos reflejos luminosos en la pared. “Columna” y “Selfi”, en cambio, se regodean en la tautología: una columna sobresale de la pared con un espejo vertical en la versión doméstica y utilitaria del clásico “cuerpo entero”; seis celulares con fundas y pantallas de acrílico coloridas

se alinean en la pared a la altura del rostro, como si solo dejaran constancia del género —la selfi— que hoy multiplica el mito de Narciso en millones de imágenes hasta vaciarlo de contenido. Tienta fotografiarse en los reflejos, es cierto, pero luego en el álbum las fotos no tienen mucho para decir, y sólo destaca la geometría discreta, la perfecta economía de las piezas, el color. Pero en “Guiño” y “Minnie” la reticencia vira al humor: las lentes espejadas de unos anteojos se separan y se enfrentan en una especie de guiño conceptual y, con un truco ingenuo de láser, un espejito diminuto dispuesto en el piso proyecta un reflejo rojo que mágicamente desaparece cuando nos acercamos a la pared.

Hacia el final del recorrido queda claro que Mitlag y Pérsico no quieren abrir juicio sobre las falacias de la mimesis, no se ríen del mundo del arte, ni del mundo digital, ni de los trucos de las imágenes que falsean la verdad. Se ríen sin consecuencias, por el gusto de reírse de a dos y después invitar a los demás. Y si en todas las piezas sorprende la alquimia secreta del dúo reunido entre Berlín y Buenos Aires para la ocasión, se sospecha la voz cantante de Mitlag en el video “Un día en la montaña”, irónicamente instalado en el baño, y la de Pérsico en la delicadísima publicación que no para de desplegarse y jugar con los reflejos desde el papel. Se sale contento de la galería, como si el mundo fuera más leve, más chispeante, más colorido, después de recorrer la rutilante colección. Como si la imaginación del arte, otra vez, se hubiese sobrepuesto a todo lo demás.

Miguel Mitlag y Gastón Pérsico, *Gran colección de espejos pequeños*

Gachi Prieto Arte Contemporáneo, Buenos Aires

3 de julio – 6 de septiembre de 2025

GREAT COLLECTION OF SMALL MIRRORS

MIGUEL MITLAG / GASTÓN PÉRSICO

Graciela Speranza

Otra Parte Magazine, August 21, 2025

Mirrors reign supreme in classical painting; they toy with camera lenses in photography and film; they shimmer every so often in fiction and poetry. They always mean—it is as if their shiny surfaces of identical images never ceased to show us something else. Captivating reflection in

the Narcissus myth, meditation on art in Velázquez and Manet, gateway to fantasy in Lewis Carroll, abominable multiplication in Borges, flash of madness in Poe, the mirror exercises a magnetic pull on the eye and, in memorable works of universal art, connotes everything. Great metaphor of mimetic representation, vanity, the double, consciousness, and the soul of what is reflected, mirrors have never, since time immemorial, stopped talking.

Hard though it is to believe, Miguel Mitlag and Gastón Pérsico have finally made them shut up—and that is no mean feat. Or, in any case, in *Gran colección de espejos pequeños*, their joint show, the mirrors dare only to make us crack a smile. Never before in my memory have mirrors, to their glee, been released from the heavy burden of meaning they always bear. Identity, representation, vanity, consciousness—none of that is to be found here where a mirror is a mirror or, rather, a mirror is a mirror and many mirrors are many mirrors. Like in the rest of Mitlag's art, everyday things are seen from a slight distance; they are aware of their attributes—their forms, their colors—and at once close at hand and a bit staged. And like in the rest of Pérsico's art, they give off, with no fanfare, a glint of elegance, subtlety, humor, and grace.

Consider this: On the floor at the entrance to the show, we are greeted by “Lobby,” a blue mat with a mirror and a brick—that's it. Meanwhile, the only exhibition text there is provides a definition of the mirror... written in mirror writing: IMAGE OF SOMEONE OR SOMETHING REFLECTED ON A SURFACE. And immediately “Colección de espejos pequeños” [Collection of Small Mirrors], the most ambitious work in the show, offers exactly what its title promises: a collection of ninety-five oddly-shaped small mirrors with frames in vibrant colors interlayered without rhyme or reason on a wooden table. A mass. And—as if they knew that should they try to say something all we would hear would be a cacophonous chorus nearly impossible to make out—the only thing they venture to do is cast a few flecks of light on the wall. “Columna” [Column] and “Selfi,” meanwhile, revel in tautology: a column with a classic vertical “full-body” mirror, the kind found in homes, juts out from the wall; six cellphones with cases and acrylic screens of different colors in a row at face level on the wall, as if simply to attest to a genre—the selfie—that today propagates the Narcissus myth in millions and millions of images until it is devoid of content.

There is a temptation, it is true, to photograph yourself in the reflections, but in the album the photos don't have much to say—they just underscore the discreet geometry, the pieces' perfect economy, the color. But in “Guiño” [Wink] and “Minnie” that reticence veers toward humor: The two mirrored lenses of a pair of sunglasses are split apart and face one another in a sort of wink to conceptualism; in an ingenious laser-focused trick, a tiny mirror on the floor casts a red reflection that magically vanishes when we walk over to the wall.

Toward the end of the visit, it becomes clear that Mitlag and Pérsico are not interested in passing judgment on the fallacies of mimesis, in laughing at the art world or the digital world or image-tricks that distort the truth. They laugh just because, to indulge in laughing together and

then inviting the rest of us to laugh along. And if in all the works the secret alchemy of the duo—one in Berlin, the other in Buenos Aires—joined together for the occasion is surprising, we can make out Mitlag's voice singing in the video "Un día en la montaña" [A Day in the Mountain], ironically installed in the gallery's bathroom, and Pésico's in the exquisite publication that unfolds time and again, engaging reflections in paper form. You walk out of the gallery cheerful, as if the world were lighter and more sparkly, more colorful. As if the imagination of art had, once again, overpowered everything else.

Miguel Mitlag and Gastón Pésico, *Gran colección de espejos pequeños*

Gachi Prieto Arte Contemporáneo Latinoamericano

Buenos Aires, July 3 – September 6, 2025

Translation: Jane Brodie